



SPA
BEAUTY
WELLNESS
RELAX
SECRETS

El Club de las Malas Influencias



Albornoces, confidencias y otras tentaciones



MARIE POUVET®



EL CLUB DE LAS MALAS INFLUENCIAS

Marie Pouvet®

© 2026 Marie Pouvet®. Todos los derechos reservados.

Esta obra es de ficción. Los personajes, situaciones y acontecimientos que aparecen en ella son ficticios. Cualquier semejanza con personas o hechos reales es mera coincidencia.

Edición digital gratuita.
Queda prohibida su comercialización o modificación sin autorización escrita de la autora.

Marie Pouvet® es una marca registrada.

Albornoces, confidencias y otras tentaciones

El problema de los hoteles de cinco estrellas no es el precio. Es que, después de unas horas dentro, una empieza a comportarse como si también tuviera cinco.

Las cuatro habían llegado a Nueva York con un propósito razonable: pasar un fin de semana juntas, descansar, comer bien y regresar a casa con la sensación de haber hecho algo saludable por el cuerpo y por el espíritu. El plan incluía un spa situado en uno de esos hoteles donde nadie parece tener prisa, las puertas se abren antes de que una las toque y el personal consigue llamarte por tu apellido, aunque estés convencida de no habérselo dicho a nadie.

A las seis de la tarde, las buenas intenciones empezaban a mostrar síntomas preocupantes.

—Estos jaboncitos están incluidos —dijo una de ellas, guardando el tercero en su bolso.

—Incluidos para usarlos.

—Eso estoy haciendo. Los usaré en mi casa.

Nadie discutió el argumento. Las otras tres habían alcanzado esa edad maravillosa en la que una sabe reconocer una batalla perdida antes de desperdiciar energía en ella.

Habían pasado la tarde entre masajes, piscinas templadas, batas blancas y personas que hablaban en voz tan baja que cualquier comentario ligeramente indiscreto adquiriría de inmediato la categoría de secreto de Estado. Ahora ocupaban

cuatro sillones junto a los ventanales del salón privado del spa. Nueva York comenzaba a encenderse al otro lado del cristal y, entre las luces de los edificios, el Empire State parecía vigilar la reunión.

Sobre una mesa había cuatro copas de champán.

Una de ellas había asegurado veinte minutos antes que no bebería.

Ya iba por la segunda.

—Brindemos por nuestra madurez —propuso.

Las otras levantaron sus copas.

—¿Qué madurez?

La pregunta quedó suspendida unos segundos antes de que las cuatro empezaran a reír.

Ninguna podía saber todavía que aquella sería la última decisión sensata de la noche.

La mujer que había propuesto el brindis dejó la copa sobre la mesa y contempló a sus amigas con esa expresión que, después de muchos años de amistad, todas habían aprendido a interpretar como una señal de peligro.

—Tengo una teoría.

—No.

—Todavía no la he contado.

—Precisamente.

La tercera se acomodó el albornoz y cruzó las piernas con dignidad.

—Déjala hablar. A lo mejor esta vez su teoría no termina con nosotras dando explicaciones.

—¿Cuándo he tenido que dar explicaciones?

Las otras tres la miraron en silencio.

—No hace falta hacer inventario.

A pocos metros, una empleada del spa recogía unas toallas mientras ellas observaban el movimiento del salón. Durante toda la tarde habían visto entrar y salir huéspedes de las

zonas privadas sin que nadie pareciera comprobar nada. Un saludo, una sonrisa, una frase dicha con seguridad y las puertas se abrían.

La autora de la teoría señaló discretamente hacia el pasillo.

—¿Os habéis dado cuenta?

—¿De qué?

—De que nadie pregunta nada.

Las cuatro miraron hacia el mismo lugar. Un hombre de cabello blanco acababa de atravesar una puerta reservada al personal después de saludar al camarero como si ambos se conocieran desde hacía veinte años. Nadie lo detuvo.

—Será huésped.

—Nosotras también.

—Eso no nos convierte en propietarias del hotel.

—Esa es una mentalidad muy limitante.

La mujer de los jabones cerró su bolso y se incorporó.

—Tiene razón en una cosa. A determinada edad, si caminas despacio, saludas al personal y pareces saber adónde vas, nadie se atreve a preguntarte nada.

La frase produjo un silencio diferente.

Las cuatro volvieron a mirar el pasillo.

Ya no estaban viendo una puerta.

Estaban viendo una posibilidad.

—Ni se os ocurra —dijo la más prudente.

Tres pares de ojos se volvieron hacia ella.

—¿Qué?

—Os conozco. Esa cara significa que dentro de cinco minutos voy a estar haciendo algo que mañana negaré haber hecho.

—Nadie ha propuesto hacer nada.

—Todavía.

Una camarera pasó junto a ellas y sonrió.

—¿Todo bien, señoras?

Las cuatro respondieron al mismo tiempo.

—Perfectamente.

La camarera continuó su camino.

La más prudente esperó hasta que se alejara.

—¿Veis? Ya estamos mintiendo en grupo.

Aquello provocó otra carcajada, pero la puerta seguía allí.

Discreta, elegante, casi invisible entre los paneles de madera oscura. Sobre ella no había ningún cartel que prohibiera el paso. Tampoco había uno que lo autorizara.

Y esa diferencia, después de dos copas de champán, podía convertirse fácilmente en una cuestión filosófica.

—Solo miraríamos —dijo una.

—Exactamente.

—Cinco minutos.

—Como máximo.

La más prudente suspiró.

Había descubierto hacía muchos años que las malas influencias rara vez parecen malas cuando llegan. A veces llevan albornoz blanco, pendientes de oro y una copa de champán en la mano.

Se levantó.

—Cinco minutos.

Las otras tres sonrieron.

El club acababa de constituirse.

Atravesaron la puerta con una naturalidad que ninguna de ellas sentía. La primera avanzaba despacio, sin mirar hacia atrás; la segunda la seguía con la serenidad de quien conoce perfectamente su destino; la tercera saludó a un empleado que pasaba por allí y recibió a cambio una inclinación de cabeza. La cuarta, la prudente, cerraba la comitiva intentando decidir si aquello era una aventura o simplemente cuatro mujeres adultas haciendo el ridículo en albornoz.

Nadie las detuvo.

El pasillo desembocaba en un ascensor pequeño, revestido de madera oscura y sin botones visibles salvo una pantalla táctil. La organizadora acercó un dedo.

—Ni se te ocurra tocar nada.

—¿Por qué?

—Porque no sabemos adónde lleva.

—Precisamente por eso.

La pantalla ofrecía tres destinos: terraza, salón privado y planta ejecutiva.

—Terraza —dijo una.

—Salón privado —opinó otra.

—Spa —dijo la prudente—. Nuestro destino es el spa. Volvemos por donde hemos venido y conservamos intactos nuestros antecedentes penales.

La puerta se cerró antes de que pudiera terminar. Alguien había pulsado «planta ejecutiva».

—¿Quién ha sido?

Nadie contestó.

El ascensor comenzó a subir.

—Somos cuatro mujeres en albornoz, sin zapatos y con una tarjeta de habitación que no abre ninguna habitación de esta planta.

—Pero tenemos aspecto de saber lo que hacemos.

—Ese es exactamente el problema. Yo sé que no sabemos lo que hacemos.

Cuando las puertas se abrieron, encontraron un corredor silencioso, alfombrado y tan impecable que hasta hablar parecía una falta de educación. A un lado había varias suites. Al otro, una sala con las puertas abiertas donde dos camareros preparaban una mesa larga.

La primera mujer salió del ascensor.

—No.

—¿No qué?

—No salgas.

—Ya he salido.

Las otras tuvieron que seguirla cuando las puertas empezaron a cerrarse.

Un camarero apareció al fondo.

—Buenas tardes, señoras.

Las cuatro sonrieron.

—Buenas tardes.

—¿Necesitan ayuda?

Hubo una pausa mínima. La prudente sintió que había llegado el momento en que toda aventura absurda exige una explicación razonable y descubrió que ninguna de sus amigas parecía tenerla.

Entonces la de los jabones señaló hacia el fondo del pasillo.

—Nos esperan.

El camarero sonrió.

—Por supuesto. Al final, a la derecha.

Le dieron las gracias y continuaron caminando sin acelerar el paso.

Solo cuando doblaron la esquina se detuvieron.

—¿Quién nos espera?

—No tengo la menor idea.

—Acabas de mentirle.

—No. He dicho que nos esperan. En algún lugar del mundo alguien debe de estar esperándonos.

—Eso no funciona así.

—Ha funcionado perfectamente.

Delante de ellas había otra puerta. Esta sí tenía una placa dorada.

PRIVATE LOUNGE.

La organizadora apoyó la mano en el picaporte.

—Cinco minutos.

—Llevamos diciendo cinco minutos desde que salimos del spa.

—Entonces ya sabemos que es una medida de tiempo flexible.

Abrió.

El salón estaba vacío.

Una pared entera de cristal mostraba Manhattan extendiéndose bajo las últimas luces de la tarde. Había sillones, una chimenea encendida y una barra con botellas, copas y una bandeja de pequeños bocados cuidadosamente ordenados. Sobre una mesa descansaban periódicos internacionales y varias revistas.

Las cuatro entraron.

—Esto es allanamiento.

—No seas dramática. La puerta estaba abierta.

—También están abiertas algunas iglesias y no por eso te llevas el cáliz.

La de los jabones miró su bolso.

—Depende del cáliz.

Las otras tres la miraron.

—Era una broma.

—Contigo ya no sabemos.

Se acercaron al ventanal. Durante unos segundos, ninguna habló. Nueva York tenía esa capacidad de hacerlas callar: millones de ventanas, millones de vidas y aquella sensación extraña de que todo estaba sucediendo al mismo tiempo.

La prudente fue la primera en romper el silencio.

—Bueno. Ya lo hemos visto. Ahora nos vamos.

Entonces escucharon voces en el pasillo.

Dos personas se acercaban.

La puerta seguía abierta.

—Nos vamos —repitió.

La organizadora miró hacia la salida, después hacia el salón y finalmente hacia una puerta lateral.

—Por ahí.

—¿Qué hay por ahí?

—No lo sé.

—Estoy empezando a odiar esa respuesta.

Las voces estaban cada vez más cerca.

Las cuatro cruzaron la puerta lateral y aparecieron en una pequeña estancia con un sofá, un perchero y otra salida. Antes de que pudieran continuar, alguien entró en el salón.

—Cierra —susurró una.

La puerta quedó apenas entornada.

Una voz masculina habló al otro lado.

—Aquí podemos estar tranquilos.

Las cuatro se miraron.

Después se oyó una voz de mujer.

La prudente dejó de respirar durante un instante.

Conocía aquella voz.

La voz pertenecía a alguien a quien no esperaba encontrar en Nueva York y mucho menos en aquella planta. Se llevó un dedo a los labios antes de que alguna de sus amigas pudiera preguntar.

—No podemos seguir haciendo esto —dijo la mujer al otro lado—. Alguien terminará enterándose.

—Nadie sabe que estamos aquí.

Las cuatro se miraron.

Técnicamente, aquello ya no era cierto.

—Mi marido cree que estoy en Boston.

La prudente cerró los ojos.

Ahora también conocía al marido.

Una de sus amigas se acercó a su oído.

—¿Quién es?

Ella negó con la cabeza.

—Luego.

—¿La conoces?

Otra negativa.

—Eso significa que sí.

La conversación continuaba al otro lado de la puerta, pero la prudente ya no quería escuchar. Habían entrado donde no debían, estaban oyendo algo que no les pertenecía y, por primera vez desde que atravesaron la puerta del spa, la aventura había dejado de parecerle divertida.

Hizo una seña hacia la segunda salida.

Las cuatro avanzaron de puntillas hasta ella. La organizadora giró el picaporte con cuidado y abrió apenas unos centímetros.

Era un armario.

—Magnífico —murmuró la prudente—. Si morimos aquí, al menos encontrarán cuatro albornoces perfectamente colgados.

La puerta del salón se cerró.

Las voces dejaron de oírse.

Esperaron.

—Quizá se han ido.

—O quizá están besándose.

—No necesitamos esa información.

—Hablo desde un punto de vista logístico.

La prudente volvió a acercarse a la puerta entornada y miró hacia el salón. La pareja ya no estaba junto al ventanal. Desde donde se encontraba solo podía ver una copa sobre la mesa y un bolso de mujer abandonado en uno de los sillones.

—No los veo.

—Entonces salgamos.

—¿Y si están detrás de la puerta?

—Pues saludamos.

—¿En albornoz?

—Eso nos ha funcionado hasta ahora.

Salieron una detrás de otra. Habían recorrido apenas tres metros cuando la puerta principal se abrió y entró un camarero empujando un carrito.

Las cuatro quedaron inmóviles.

El camarero también.

Durante unos segundos, nadie dijo nada.

—Buenas tardes —dijo finalmente él.

—Buenas tardes.

El hombre miró los albornoces, después las copas vacías que todavía llevaban dos de ellas y finalmente la puerta lateral de la que acababan de salir.

—¿Puedo ayudarlas?

La organizadora sonrió.

—Buscábamos el spa.

El camarero señaló hacia el techo.

—Está seis plantas más abajo.

—Eso explica muchas cosas.

El hombre mantuvo una expresión profesional admirable.

—¿Desean que las acompañe al ascensor?

—Sería muy amable.

Caminaron detrás de él con una dignidad que ninguna merecía. Al llegar al ascensor, el camarero utilizó una tarjeta para llamarlo.

—¿En qué habitación se alojan?

Las cuatro guardaron silencio.

La prudente decidió que había llegado el momento de intervenir.

—No nos alojamos aquí.

Sus amigas la miraron horrorizadas.

El camarero también.

—Vinimos al spa —continuó—. Nos equivocamos de ascensor y después nos equivocamos de planta.

Era la primera verdad completa que alguien pronunciaba desde que había comenzado la aventura.

El camarero las observó durante un instante y luego sonrió.

—Sucedé más de lo que imagina.

Las puertas se abrieron.

Entraron rápidamente.

—Gracias —dijo la prudente.

El camarero inclinó la cabeza.

—Que disfruten de su estancia.

Las puertas se cerraron.

Hubo cinco segundos de silencio.

—Ha dicho estancia.

—Lo sé.

—Sabe perfectamente que no estamos alojadas.

—También.

—Y no le importa.

La organizadora sonrió.

—Mi teoría acaba de ser demostrada científicamente.

La prudente pulsó el botón del spa.

—Tu teoría acaba de demostrar que cuatro mujeres con suficiente seguridad pueden pasearse por medio hotel sin que nadie sepa muy bien qué hacer con ellas.

—Eso he dicho.

—No. Tú dijiste que nadie pregunta nada.

—Y nadie ha preguntado nada importante.

El ascensor descendió.

—Tenemos otro problema —dijo una de ellas.

La prudente la miró.

—¿Cuál?

—La mujer de arriba.

Nadie respondió.

Cuando regresaron al spa, sus sillones seguían libres y las copas habían sido retiradas. Se sentaron como si acabaran de volver de un paseo perfectamente normal.

La prudente miró a sus tres amigas.

—Lo que hemos oído se queda arriba.

—De acuerdo.

—No sabemos qué estaba pasando.

—Ella dijo que su marido creía que estaba en Boston.

—Eso sabemos. Todo lo demás lo estamos imaginando.

—También conocemos su voz.

La prudente tardó unos segundos en responder.

—Yo conozco su voz.

—¿Quién es?

Miró hacia los ventanales. La ciudad ya estaba completamente iluminada.

—La mujer de mi hermano.

Las tres la miraron sin pestañear.

—¿Tu cuñada?

—Sí.

—¿La que nos mandó aquella cesta de Navidad con productos ecológicos?

—La misma.

—Parecía una mujer muy seria.

—¿Qué relación tiene una cesta ecológica con la fidelidad matrimonial?

—Ninguna. Pero ahora la cesta adquiere otro significado.

—Por favor.

La prudente apoyó los codos en las rodillas y se cubrió la cara con las manos. Hacía apenas media hora su mayor preocupación había sido impedir que una de sus amigas vaciara el cuarto de baño del spa dentro del bolso. Ahora tenía una información que podía cambiar la vida de su

hermano y la había conseguido escondida detrás de una puerta, vestida con un albornoz que ni siquiera era suyo.

—No sabemos nada —repitió.

—Sabemos bastante.

—No. Oímos una conversación incompleta. No vimos quién era el hombre y ni siquiera vimos a ella.

—Reconociste su voz.

—Sí.

—Entonces sabemos que mintió sobre estar en Boston.

—Eso es lo único que sabemos.

La organizadora dejó su copa.

—¿Y qué vas a hacer?

—Nada.

Las tres intercambiaron una mirada.

—He dicho nada.

—Te hemos oído.

—Entonces dejad de miraros así.

—¿Así cómo?

—Como si estuvierais decidiendo cuándo desobedecerme.

La mujer de los jabones abrió el bolso para comprobar que sus adquisiciones seguían allí.

—No necesitamos decidirlo. Normalmente ocurre solo.

La prudente se levantó.

—Nos vamos.

—¿Del spa?

—Del hotel.

—Tenemos una reserva para cenar.

—Pues cenaremos en otro sitio.

—¿Y nuestros masajes de mañana?

—Podéis volver mañana. Yo no.

La organizadora se puso de pie.

—No puedes irte a casa.

—No he dicho que vaya a casa.

—Has puesto esa cara.

—¿Qué cara?

—La de persona adulta que piensa hacer algo sensato y arruinarnos el fin de semana.

La prudente recogió su ropa del vestuario y desapareció detrás de una puerta. Las otras tres permanecieron en silencio hasta que regresó vestida, con el bolso colgado del hombro y una determinación que ninguna confundió con tranquilidad.

—Voy a llamar a mi hermano.

—No lo hagas.

Se detuvo.

—Hace treinta segundos queríais saber quién era.

—Una cosa es querer saber y otra dinamitar un matrimonio desde el vestuario de un spa.

Aquello consiguió frenarla.

—¿Entonces qué hago?

La pregunta salió con menos firmeza de la que habría querido. Durante años había creído que la verdad era una cosa sencilla: se sabía o no se sabía, se decía o se ocultaba. De pronto comprendía que existía una tercera posibilidad mucho más incómoda: creer que se sabía algo sin saberlo realmente.

La organizadora se acercó.

—Primero averiguamos si viste lo que crees haber visto.

—No vi nada.

—Exactamente.

—No pienso seguirlos.

—Yo tampoco he dicho eso.

—¿Entonces?

—Esperamos.

—¿A qué?

—A que ella salga.

La prudente miró hacia los ascensores.

—Eso es seguirla.

—No. Seguirla sería caminar detrás de ella. Nosotros estaremos sentadas.

—Nosotras.

—En este momento la gramática no es nuestro principal problema.

Volvieron a vestirse. Veinte minutos después, las cuatro ocupaban una mesa en el bar del vestíbulo, ya sin albornoces y con una apariencia tan respetable que nadie habría sospechado que acababan de explorar una planta privada del hotel.

Pidieron café.

Tres miraban hacia los ascensores.

La cuarta las miraba a ellas.

—Disimulad.

Las tres giraron inmediatamente la cabeza en direcciones distintas.

—Eso ha sido peor.

—Estamos aprendiendo.

Pasaron diez minutos.

Después veinte.

A los treinta, la prudente comenzó a sentirse ridícula.

—Nos vamos.

—Cinco minutos más.

—Vuestros cinco minutos duran muchísimo.

Entonces se abrieron las puertas del ascensor.

La mujer que salió era su cuñada.

Llevaba un vestido oscuro, el cabello recogido y un bolso pequeño. Caminó hacia la recepción, habló brevemente con una empleada y recibió un sobre.

Estaba sola.

La prudente sintió alivio antes de comprender que no sabía exactamente por qué.

—¿Ves? —susurró—. Sola.

—Eso no demuestra nada.

—Precisamente.

Su cuñada guardó el sobre y se dirigió hacia la salida.

Ninguna se movió.

Hasta que apareció el hombre.

Había bajado por otro ascensor. Alto, elegante, quizá unos sesenta años. Se detuvo junto a una columna y esperó hasta que la mujer hubiera salido del hotel antes de caminar hacia la puerta.

La prudente lo observó.

No lo conocía.

—Ahora sí nos vamos —dijo.

Pero la mujer de los jabones estaba mirando al hombre con una expresión extraña.

—Espera.

—No.

—Yo conozco a ese.

Las otras tres se volvieron hacia ella.

—¿De qué?

Tardó unos segundos en contestar.

—Es mi exmarido.

Durante unos segundos ninguna dijo nada.

La mujer de los jabones siguió mirando hacia la puerta por la que el hombre acababa de desaparecer. Después abrió el bolso, sacó uno de los pequeños frascos del spa y lo dejó sobre la mesa como si necesitara demostrar que todavía existían cosas sencillas en el mundo.

—¿Tu exmarido? —preguntó finalmente la organizadora.

—Mi exmarido.

—¿El de verdad?

—No colecciono exmaridos. Solo tengo uno.

—Nunca se sabe. Esta tarde está siendo muy productiva.

La prudente se inclinó hacia ella.

—¿Estás segura?

—Estuve casada con él diecisiete años. Puedo reconocerlo incluso mientras intento olvidar que existe.

—Entonces tu exmarido y mi cuñada...

—No termines esa frase.

La camarera llegó con los cafés. Las cuatro callaron inmediatamente y esperaron a que se alejara.

—Esto empieza a parecer una reunión familiar organizada por alguien que nos odia —dijo una.

—Nosotras entramos donde no debíamos.

—Ese detalle no mejora nada.

La prudente miró hacia la calle. Su cuñada ya había desaparecido entre la gente y el exmarido de su amiga había seguido el mismo camino unos minutos después. Podían haberse marchado en direcciones distintas. Podían haber coincidido por casualidad. Podían existir diez explicaciones razonables.

El problema era que ninguna de las diez conseguía competir con la explicación evidente.

—¿Tu exmarido está casado? —preguntó.

—Desde hace nueve años.

—Perfecto.

—¿Por qué perfecto?

—Porque ahora tenemos dos matrimonios que no son asunto nuestro.

La organizadora tomó un sorbo de café.

—Eso simplifica las cosas.

—¿En qué universo?

—En el mío. Si solo uno estuviera casado, todavía podríamos pensar que el otro no sabe nada. Si los dos lo están, tenemos simetría.

—No estamos decorando un salón. La simetría no ayuda.

La mujer de los jabones permanecía callada. Había perdido de golpe el tono burlón que la había acompañado durante toda la tarde.

—Su mujer es buena persona —dijo.

La prudente la miró.

—Mi hermano también.

Otra pausa.

Hasta entonces, el secreto había tenido algo casi divertido porque pertenecía a desconocidos. Ahora tenía nombres, familias, cenas compartidas, cumpleaños, fotografías y personas que confiaban en otras personas.

—No vamos a hacer nada esta noche —decidió la prudente—. Estamos cansadas, hemos bebido y tenemos demasiadas piezas sueltas.

—Dos copas no es beber.

—Has tomado tres.

—Entonces estoy de acuerdo contigo.

Pagaron y salieron del hotel. El aire de septiembre había refrescado y la ciudad estaba llena de gente que caminaba con la seguridad de tener un destino. Ellas avanzaron juntas durante una manzana sin hablar.

—Tengo hambre —dijo una.

Las otras tres se detuvieron.

—¿Eso es todo lo que tienes que decir?

—No pienso resolver dos posibles adulterios con el estómago vacío.

La organizadora señaló un restaurante al otro lado de la calle.

—Ahí.

—Tenemos una reserva.

—Teníamos una reserva en el hotel del pecado.

—No lo llames así.

—Necesitamos llamarlo de alguna manera.

Entraron en el primer restaurante que encontraron. No era elegante, no tenía velas aromáticas ni empleados que supieran sus apellidos. Había mesas pequeñas, ruido, platos abundantes y un camarero que les entregó cuatro cartas sin mostrar el menor interés por sus problemas sentimentales indirectos.

Aquello resultó reconfortante.

Pidieron pasta, vino y una ensalada que ninguna quería pero que una consideró necesaria para conservar cierta dignidad nutricional.

—Propongo una regla —dijo la prudente cuando estuvieron solas otra vez—. No seguimos a nadie, no llamamos a nadie y no hacemos preguntas hasta mañana.

—Aceptado.

—Y no buscamos nada en internet.

Tres rostros adoptaron una inocencia sospechosa.

—Guardad los teléfonos.

Los cuatro móviles quedaron sobre la mesa.

Uno vibró.

La prudente miró la pantalla.

Era su hermano.

Las otras tres también lo vieron.

—No contestes —dijo una.

—Es mi hermano.

—Precisamente.

El teléfono siguió vibrando.

Finalmente respondió.

—Hola.

La voz de su hermano sonó tranquila.

—¿Qué tal Nueva York?

Miró a sus amigas.

—Muy tranquila.

Tres manos se llevaron simultáneamente las copas a la boca.

—Me alegro. Te llamaba porque necesito pedirte un favor.

—Dime.

—¿Podrías pasar mañana por un hotel?

La prudente dejó lentamente el tenedor.

—¿Qué hotel?

Su hermano dijo el nombre.

Era el mismo del que acababan de salir.

—¿Para qué?

—Mi mujer está allí.

Ninguna de las cuatro tocó la comida.

—Creía que estaba en Boston.

Al otro lado hubo un silencio.

—Yo también.

La prudente se levantó de la mesa y caminó unos pasos hasta encontrar un rincón menos ruidoso.

—Explícame eso.

—No puedo. Por eso te llamo. Hace una hora recibí un mensaje del hotel confirmando una reserva para mañana a nombre de los dos.

—¿De los dos?

—Sí. Una suite. Dos noches.

La mujer miró hacia la mesa. Sus amigas intentaban aparentar que no escuchaban mientras mantenían las cabezas inclinadas en una postura que habría resultado más convincente si las cuatro no hubieran dejado de comer al mismo tiempo.

—¿Has hablado con ella?

—La llamé. No contesta.

—¿Y quieres que vaya al hotel?

—Estás en Nueva York. Pensé que podrías averiguar si se trata de un error antes de que yo tome un avión y haga alguna estupidez.

La prudente cerró los ojos.

Aquella frase cambiaba las cosas. Su hermano no sabía dónde estaba su mujer, pero sabía lo suficiente como para estar asustado.

—No hagas nada esta noche.

—¿Sabes algo?

La pregunta llegó demasiado rápido.

—Sé que estás nervioso.

—No te he preguntado eso.

—Y yo te estoy diciendo que no hagas nada hasta que sepamos qué ocurre.

Otra pausa.

—La has visto.

No respondió.

—La has visto —repitió él.

—Hablamos mañana.

—Dime dónde está.

—No.

—Es mi mujer.

—Precisamente por eso.

Colgó antes de que la conversación pudiera empeorar.

Cuando volvió a la mesa, nadie preguntó. No hacía falta.

—Cambio de reglas —dijo mientras se sentaba.

La organizadora levantó una ceja.

—¿Ya?

—Mi hermano recibió la confirmación de una suite para mañana. A nombre de los dos.

—Eso no tiene sentido.

—Gracias. Es la primera buena noticia de la noche.

—¿Por qué?

—Porque si mi cuñada quisiera esconder una aventura, reservar una habitación a nombre de su marido sería una forma bastante creativa de hacerlo.

La mujer de los jabones dejó el tenedor.

—¿Y mi exmarido?

—Ese sigue siendo un problema.

—Qué alivio.

La organizadora tomó uno de los teléfonos de la mesa.

—Ahora sí podemos buscar.

—Habíamos acordado que no.

—Las circunstancias han cambiado.

—Hace tres minutos.

—Nueva York es una ciudad rápida.

La prudente le quitó el teléfono.

—No vamos a investigar la vida privada de nadie por internet.

—Entonces ¿qué hacemos?

La respuesta llegó desde el otro extremo de la mesa.

—Mañana volvemos al hotel.

Las tres miraron a la mujer de los jabones.

—Ni hablar.

—Tu hermano te ha pedido exactamente eso.

—Me ha pedido que averigüe si existe una reserva.

—Y yo necesito saber qué hacía mi exmarido allí.

—Eso es asunto suyo.

—Hasta que su mujer se entere y descubra que yo lo sabía.

La prudente comprendió que habían llegado a ese punto incómodo en el que todas las opciones parecían incorrectas. Callar podía proteger una mentira. Hablar podía destruir dos relaciones basándose en una conversación escuchada a medias.

La organizadora se sirvió un poco más de vino.

—Mañana regresamos, preguntamos por la reserva y nos vamos. Sin espionaje, sin persecuciones y sin puertas privadas.

—Vestidas —añadió una.

—Eso también.

La prudente aceptó.

A la mañana siguiente llegaron al hotel a las diez.

Las cuatro vestían con una elegancia deliberada que no tenía nada que ver con el desayuno y mucho con la necesidad de parecer personas incapaces de haber recorrido seis plantas en albornoz la tarde anterior.

La prudente se acercó a recepción sola.

—Buenos días. Quisiera comprobar una reserva.

Dio el nombre de su hermano.

La recepcionista consultó la pantalla.

—Sí, señora. Tenemos una suite reservada para esta noche y mañana.

—¿Para dos personas?

—Así es.

—¿Puede decirme quién hizo la reserva?

La sonrisa profesional desapareció apenas.

—Lo siento, no puedo facilitar esa información.

—Soy su hermana.

—Lo comprendo, pero necesitaría autorización del titular.

La prudente agradeció y regresó con las otras.

—Existe.

—¿Y?

—Nada más.

La mujer de los jabones miró hacia los ascensores.

—Entonces hemos venido para confirmar algo que ya sabíamos.

—Exactamente. Y ahora nos vamos.

En ese momento apareció el camarero de la tarde anterior.

Las reconoció.

Ellas lo reconocieron.

El hombre sonrió.

—Buenos días, señoras. Veo que hoy han encontrado el vestuario.

La organizadora soltó una carcajada.

—Estamos progresando.

El camarero miró a la prudente.

—¿Han venido por la reunión?

—¿Qué reunión?

Él pareció sorprendido.

—La de esta tarde. Pensé que formaban parte del grupo.

—¿Qué grupo?

El camarero bajó ligeramente la voz.

—El de las esposas.

Las cuatro quedaron inmóviles.

—¿Perdón?

—La reunión privada. La señora que estaba ayer en el salón la organiza todos los años. Pensé que ustedes eran invitadas.

La prudente sintió que algo comenzaba a encajar y, al mismo tiempo, que todo se volvía todavía más extraño.

—¿Qué clase de reunión?

El camarero sonrió.

—No sabría decirle. Solo sé que los maridos nunca están invitados.

La mujer de los jabones miró a las demás.

—Esto mejora por momentos.

La prudente no compartía su entusiasmo.

—¿Y el hombre que estaba ayer con ella?

El camarero pensó unos segundos.

—¿El señor que organiza la logística?

La mujer de los jabones palideció.

—¿Logística?

—Sí. Lleva años haciéndolo.

Hubo un silencio.

—¿Años? —preguntó ella.

—Al menos cinco, que yo recuerde.

Las cuatro se miraron.

De pronto, la supuesta aventura acababa de adquirir una antigüedad incompatible con casi todas sus teorías.

—¿Y qué hacen esas esposas? —preguntó la organizadora.

El camarero volvió a sonreír.

—Eso, señoras, tendrían que preguntárselo a ellas.

La prudente abrió la boca para responder, pero la mujer de los jabones se adelantó.

—¿Dónde podemos encontrarla?

—La reunión comienza a las cuatro.

—No estamos invitadas —recordó la prudente.

—Eso ayer tampoco fue un obstáculo.

El camarero las observó con una expresión que oscilaba entre la diversión y la curiosidad.

—El acceso de las invitadas se hace desde el spa.

Las cuatro se quedaron mirándolo.

—¿Desde el spa?

—Sí. Es una tradición del grupo.

La organizadora sonrió lentamente.

—Me caen bien esas mujeres.

—Ni siquiera sabes quiénes son.

—Precisamente. Ya tenemos algo en común.

Salieron del hotel antes de que alguna pudiera comprometerlas todavía más. En la calle, la prudente anunció que no pensaba regresar a las cuatro, ni a las cinco, ni a ninguna hora razonablemente cercana.

A las tres y media estaban las cuatro de vuelta.

Habían almorzado, discutido durante dos horas y llegado a la conclusión de que presentarse en una reunión privada sin

invitación era inadmisibile. Después habían dedicado otros veinte minutos a decidir qué ponerse.

A las cuatro menos cinco entraron en el spa.

Esta vez nadie llevaba albornoz.

Una mujer joven comprobaba nombres junto a la entrada de una sala privada. Sobre una mesa había pequeñas tarjetas blancas y una caja cerrada con una ranura en la parte superior.

—Nombre, por favor.

Las cuatro se detuvieron.

La prudente estuvo a punto de dar media vuelta cuando escuchó su apellido.

Su cuñada acababa de aparecer detrás de la joven.

—¿Qué haces aquí?

No había miedo en su cara. Tampoco culpa. Solo una sorpresa enorme.

La prudente decidió que, después de todo lo ocurrido, la verdad era la única herramienta que todavía no habían utilizado correctamente.

—Ayer te oí.

Su cuñada perdió la sonrisa.

—¿Dónde?

—En el salón de arriba.

—¿Qué hacías allí?

Las otras tres miraron discretamente hacia otro lado.

—Es una historia larga.

—Tenemos tiempo.

—Yo no sé si quiero contarla.

La cuñada observó al grupo, después miró a la mujer de los jabones y pareció reconocerla.

—Tú eres...

—La exmujer del hombre con quien estabas ayer.

La prudente cerró los ojos.

—Habíamos acordado cierto tacto.

—No recuerdo haber votado.

La cuñada las contempló durante unos segundos y, contra todo pronóstico, comenzó a reír.

No fue una risa discreta. Tuvo que apoyarse en la mesa mientras las cuatro esperaban sin comprender.

—¿Qué tiene tanta gracia? —preguntó la prudente.

—Vosotras. Toda esta situación. Y pensar que mi marido probablemente cree que tengo un amante.

—No es el único.

La mujer tardó un poco en recuperar la compostura.

—Entrad.

—No estamos invitadas.

—Ahora sí.

La sala era amplia y luminosa. Había unas treinta mujeres de edades muy distintas, algunas vestidas con ropa de calle y otras todavía con albornoces. Sobre las mesas descansaban sobres, bolígrafos y pequeñas tarjetas.

No había hombres.

Tampoco había nada particularmente clandestino, salvo la expresión de quienes parecían disfrutar mucho de estar haciendo algo que nadie conocía.

La cuñada cerró la puerta.

—Hace siete años, cinco amigas nos reunimos aquí por primera vez. Todas estábamos cansadas de que cada conversación terminara girando alrededor de nuestros maridos, hijos, trabajos, padres, nietos o problemas domésticos. Nos dimos cuenta de que podíamos contar con detalle la vida de todo el mundo menos la nuestra.

La prudente miró alrededor.

—¿Y esto qué es?

—Un día al año en el que nadie viene como esposa de alguien, madre de alguien o responsable de algo. No hablamos de

nuestras familias salvo que queramos. No damos explicaciones. No cuidamos a nadie. No solucionamos problemas ajenos.

—¿Y qué hacéis?

—Lo que nos da la gana.

La organizadora sonrió.

—Definitivamente me caen bien.

La cuñada señaló la caja de la entrada.

—Cada una escribe algo que lleva años queriendo hacer y nunca hizo porque le parecía absurdo, impropio, demasiado tarde o poco razonable. Después sacamos las tarjetas al azar y durante el año intentamos cumplir algunas.

—¿Qué clase de cosas?

—De todo. Aprender a nadar a los sesenta. Viajar sola. Bailar tango. Dormir hasta el mediodía sin sentirse culpable. Volver a estudiar. Ponerse un vestido rojo. Decir que no. Decir que sí.

La mujer de los jabones levantó una mano.

—¿Y mi exmarido?

—Organiza las habitaciones, las reservas y los traslados. Es excelente haciéndolo y, además, sabe mantener la boca cerrada.

—Eso último lo aprendió durante nuestro matrimonio.

La cuñada volvió a reír.

—Ayer estaba preocupada porque una de las mujeres canceló y había que cambiar varias reservas. Eso fue lo que oíste.

La prudente recordó la frase.

No podemos seguir haciendo esto. Alguien terminará enterándose.

Ahora tenía un significado completamente diferente.

—¿Y Boston?

—Mi marido cree que estoy en Boston porque todos los años invento un congreso diferente.

—Eso sigue siendo mentir.

La sonrisa de la cuñada desapareció.

—Sí.

No intentó justificarse.

—¿Por qué no se lo dices?

La mujer miró hacia la sala.

—Porque durante mucho tiempo pensé que necesitaba permiso. Después comprendí que no lo necesitaba, pero ya había construido una mentira alrededor de este fin de semana y cada año era más difícil desmontarla.

—Te ha llamado.

—Lo sé.

—Está preocupado.

La cuñada bajó la mirada.

—Entonces ha llegado el momento de dejar de esconderme.

La prudente asintió. Aquello era todo lo que necesitaba escuchar.

La organizadora, en cambio, seguía mirando la caja.

—¿Podemos participar?

—Por supuesto.

—No —dijo la prudente.

—¿Por qué no?

—Porque hemos venido a aclarar un malentendido.

—Ya está aclarado.

—Entonces nos vamos.

La cuñada acercó cuatro tarjetas y cuatro bolígrafos.

—Antes escribid algo.

La prudente negó con la cabeza.

—No tengo nada.

—Todo el mundo tiene algo.

—Yo hago lo que quiero.

Sus tres amigas soltaron una carcajada simultánea.

—¿Qué?

—Nada —respondió la organizadora—. Escribe eso.

—¿Qué cosa?

—Algo que harías si de verdad hicieras siempre lo que quieres.

La prudente miró la tarjeta en blanco.

Por primera vez en toda la aventura no encontró una respuesta inmediata.

Las otras tres ya estaban escribiendo.

Una tapaba su tarjeta con la mano.

—¿Qué has puesto?

—Es secreto.

—Hace veinticuatro horas te llevabas jabones de un spa y ahora tienes principios.

—La evolución humana es maravillosa.

La prudente sostuvo el bolígrafo.

Pensó en todas las cosas que había hecho porque correspondían, porque eran sensatas, porque alguien esperaba que las hiciera. Pensó también en las que había dejado para después sin decidir nunca cuándo llegaría ese después.

Finalmente escribió una sola frase.

Dobló la tarjeta y la introdujo en la caja.

—¿Qué pusiste? —preguntaron las tres.

Sonrió.

—No es asunto vuestro.

La organizadora levantó su copa.

—Ya está aprendiendo.

Aquella tarde no descubrieron una infidelidad, no salvaron ningún matrimonio y tampoco resolvieron un misterio. Descubrieron algo bastante más incómodo: habían estado dispuestas a juzgar una historia completa después de escuchar apenas unas frases detrás de una puerta.

Pero también descubrieron otra cosa.

La prudencia había sido una excelente compañera durante buena parte de sus vidas. La había protegido de errores, pérdidas y decisiones estúpidas. El problema comenzaba cuando, sin darse cuenta, dejaban de utilizarla como consejo y empezaban a obedecerla como una orden.

Salieron del hotel al anochecer.

—¿Qué hacemos ahora? —preguntó una.

—Cenamos.

—Eso es demasiado sensato.

—Entonces cenamos en algún sitio donde no tengamos reserva.

La organizadora la miró con orgullo.

—Te estamos perdiendo.

—No. Creo que me estoy encontrando.

Caminaron unos metros.

La mujer de los jabones se detuvo.

—Tengo una pregunta.

—¿Cuál?

—¿Los jabones los devuelvo?

Las otras tres siguieron caminando.

—¡Era una pregunta seria!

Nadie respondió.

Ella abrió el bolso, comprobó que seguían allí y corrió para alcanzarlas.

El Club de las Malas Influencias acababa de celebrar su primera reunión oficial.

Esa noche, mientras regresaban al hotel donde realmente se alojaban, la prudente recibió un mensaje de su hermano.

«¿Averiguaste algo?»

Lo leyó dos veces antes de responder.

«Sí. Habla con tu mujer.»

Los tres puntos aparecieron casi inmediatamente.

«¿Está con otro hombre?»

Pensó en todo lo que podía contestar. Podía tranquilizarlo, contarle lo sucedido, explicar la reunión y ahorrarle unas horas de incertidumbre. También podía volver a hacer lo que había hecho tantas veces en su vida: solucionar un problema ajeno antes de que sus verdaderos protagonistas tuvieran oportunidad de enfrentarlo.

Guardó el teléfono.

—¿No vas a responder? —preguntó una de sus amigas.

—No.

—Hace veinticuatro horas habrías escrito un informe completo.

—Con anexos.

—Y posiblemente fotografías.

La prudente sonrió.

—Pues tendrá que hablar con su mujer.

La organizadora se detuvo frente a un escaparate.

—Señoras, creo que esto merece una celebración.

—Acabamos de salir de un spa, hemos bebido champán, invadido una planta privada, espiado accidentalmente a dos personas y casi provocado dos divorcios. ¿Qué parte no te pareció una celebración?

—La parte en que todavía no hemos hecho nada de lo que escribimos en las tarjetas.

Las cuatro se miraron.

—Las tarjetas son para el próximo año.

—Eso lo has decidido tú.

—Lo explicó ella.

—Dijo «durante el año». Técnicamente, esta noche pertenece al año.

La mujer de los jabones asintió.

—Tiene razón.

—No la animes.

—Yo solo respeto la precisión lingüística.

La organizadora señaló un pequeño local al otro lado de la avenida. Sobre la puerta, un cartel anunciaba clases de baile.

—Ahí.

—No sabemos bailar.

—Ese suele ser el motivo por el que existen las clases.

—Está cerrado.

—Hay gente dentro.

—Eso no significa que podamos entrar.

Las otras tres la miraron.

La prudente comprendió demasiado tarde lo que acababa de decir.

—No.

—¿No qué?

—No utilicéis contra mí lo del hotel.

—Nadie ha dicho nada.

—Lo estáis pensando.

Cruzaron la calle.

La puerta estaba abierta. En el interior, una docena de personas bailaba mientras una mujer daba indicaciones desde el centro de la sala.

La organizadora asomó la cabeza.

—Perdone, ¿podemos entrar?

La profesora las observó.

—La clase empezó hace veinte minutos.

—Llegamos tarde.

—Eso ya lo veo.

—¿Es demasiado tarde?

La mujer miró a las cuatro, sonrió y abrió completamente la puerta.

—Para entrar, no.

Aquella respuesta consiguió silenciarlas.

Dejaron los bolsos junto a la pared y ocuparon un lugar al fondo. Durante los primeros minutos fueron un desastre.

Una giraba cuando debía avanzar, otra pisó dos veces a la misma persona y la mujer de los jabones descubrió que llevar años diciendo que tenía sentido del ritmo no constituía ninguna prueba de que realmente lo tuviera.

La prudente se reía tanto que dejó de intentar hacerlo bien.

Y quizá por eso empezó a hacerlo mejor.

Cuando salieron, casi una hora después, Nueva York seguía despierta. Ellas también.

—¿Era eso lo que escribiste? —preguntó una.

—No.

—¿Entonces qué pusiste?

—No pienso decírtelo.

—Algún día lo sabremos.

—Puede ser.

Caminaron sin rumbo durante un rato. Ya no necesitaban encontrar nada extraordinario. La ciudad les ofrecía suficiente espectáculo con sus luces, sus taxis, sus escaparates y miles de desconocidos viviendo vidas que ellas jamás conocerían.

La prudente pensó en la conversación escuchada detrás de aquella puerta. Unas pocas palabras habían bastado para construir una historia completa en sus cabezas. Habían elegido culpables, imaginado traiciones y decidido consecuencias antes de conocer los hechos.

Tal vez hacían lo mismo con muchas otras cosas.

Con los demás.

Con ellas mismas.

Habían aprendido a desconfiar de las apariencias y, sin embargo, seguían confiando demasiado en sus propias conclusiones.

Al llegar a una esquina, el semáforo cambió a rojo.

Las cuatro se detuvieron.

—Tengo hambre otra vez —dijo la mujer de los jabones.

- Eso sí que no ha cambiado.
- Bailar consume energía.
- Lo que tú hiciste difícilmente puede clasificarse como baile.
- En algunos países seguramente sí.

La prudente miró a sus amigas y pensó que quizá las malas influencias no eran quienes te empujaban a hacer algo peligroso. A veces eran quienes te recordaban que llevabas demasiado tiempo haciendo únicamente lo correcto.

El semáforo cambió.

Cruzaron juntas.

Ninguna sabía qué había escrito la otra en aquellas tarjetas.

Y por primera vez en mucho tiempo, tampoco necesitaban saber qué ocurriría después.

Al día siguiente, ninguna puso despertador.

Aquello, para algunas de ellas, ya constituía una pequeña revolución.

Desayunaron tarde en una cafetería cercana al hotel, con el cabello todavía húmedo y esa agradable sensación de haber dejado de cumplir un horario que nadie les había impuesto. Durante casi media hora hablaron de cualquier cosa menos de lo ocurrido el día anterior. Hasta que el teléfono de la prudente vibró sobre la mesa.

Era su hermano.

Esta vez contestó.

—Buenos días.

—Ya hablamos.

No necesitó preguntar con quién.

—¿Y?

—Estoy enfadado.

—Eso tendrás que resolverlo con ella.

—Lo sé. También estoy bastante avergonzado.

—¿Por qué?

—Porque cuando vi la reserva pensé lo peor.

La prudente miró a sus amigas.

—No fuiste el único.

—Me contó lo de esas reuniones. Siete años inventando congresos. No sé si reírme o enfadarme.

—Puedes hacer las dos cosas. Parece que últimamente está permitido.

Su hermano guardó silencio un momento.

—Dice que necesitaba tener algo que fuera solo suyo.

—¿Y qué piensas?

—Que podría habérmelo dicho.

—Probablemente.

—También pienso que quizá durante años no le hice demasiado fácil decirlo.

Aquella respuesta la sorprendió.

—Eso ha sonado peligrosamente razonable.

—No te acostumbres.

Hablaron unos minutos más. No había una solución inmediata ni hacía falta fabricarla. Su hermano y su mujer tendrían que ordenar sus propios secretos, sus razones y sus enfados. Por primera vez, ella no sintió la necesidad de intervenir.

Cuando colgó, encontró tres rostros expectantes.

—Siguen casados.

—Bien.

—¿Eso es todo?

—Eso es todo lo que nos corresponde saber.

La mujer de los jabones levantó su taza.

—Estás irreconocible.

—Estoy descansando.

—Te sienta bien.

Pidieron otra ronda de café.

—Ahora falta mi exmarido —dijo ella.

—No falta nadie.

—Quiero saber por qué organiza reuniones secretas de mujeres casadas.

—Porque se lo pagan.

—Eso sería muy propio de él.

—¿Vas a llamarlo?

La mujer pensó unos segundos.

—No.

Las otras tres la observaron con sorpresa.

—¿No?

—Llevo doce años sin necesitar saber qué hace. Sería absurdo empezar ahora.

—Eso también ha sonado peligrosamente razonable.

—No os acostumbréis.

La conversación terminó allí.

Habían ido a Nueva York creyendo que un fin de semana entre amigas consistía en descansar del mundo. Descubrieron que, a veces, descansar significaba algo mucho más difícil: dejar de hacerse responsables de todo lo que ocurría alrededor.

No todo secreto exigía una investigación.

No toda sospecha merecía convertirse en certeza.

No toda puerta abierta era una invitación a cruzarla.

Aunque, en ese último punto, las cuatro seguían teniendo opiniones diferentes.

Antes de abandonar la cafetería, la organizadora sacó una servilleta y escribió algo.

—¿Qué haces?

—Los estatutos.

—¿Qué estatutos?

—Los del club.

Leyó en voz alta:

—Primera regla: ninguna decisión importante después de la segunda copa.

—Eso elimina casi toda nuestra actividad.

—Segunda: si una puerta dice «privado», preguntamos antes de entrar.

—Demasiado restrictiva.

—Tercera: lo que una amiga cuenta voluntariamente puede comentarse. Lo que descubrimos por accidente pertenece a quien lo vive.

Esta vez nadie protestó.

—Cuarta —continuó—: al menos una vez al año haremos algo que ninguna haya hecho antes.

—¿Legal?

La organizadora pensó.

—Preferentemente.

—Ponlo por escrito.

Lo añadió.

—¿Y quinta?

La prudente tomó el bolígrafo.

—Quinta: ninguna podrá utilizar la edad como excusa para no hacer algo que desea.

Las demás asintieron.

La mujer de los jabones pidió la servilleta y añadió una última línea.

—Sexta: los productos de cortesía pueden abandonar legalmente el establecimiento.

—Eso no es un estatuto.

—Ahora lo es.

Doblaron la servilleta y la guardaron en uno de los bolsos.

Quizá terminaría perdida entre recibos, gafas, llaves y algún jabón de procedencia discutible. No importaba.

El club ya existía.

Y ninguna de ellas necesitaba una tarjeta que lo demostrara. Antes de marcharse, volvieron al spa.

No porque necesitaran otro masaje ni porque alguna conservara esperanzas de recuperar la dignidad perdida durante la primera visita. Regresaron porque la mujer de los jabones llevaba toda la mañana diciendo que quería devolverlos.

—No hace falta.

—Ya lo sé.

—Entonces ¿para qué hemos venido?

—Porque quiero devolverlos.

—Ayer defendiste jurídicamente que eran tuyos.

—Ayer era otra mujer.

—Han pasado dieciocho horas.

—Han sido intensas.

La recepcionista las reconoció y sonrió. La mujer abrió el bolso, sacó tres pequeños frascos y los colocó sobre el mostrador.

—Me llevé esto ayer.

La empleada miró los frascos.

—Son obsequios para los clientes.

—¿Veis?

Los volvió a guardar inmediatamente.

Las otras tres comenzaron a reír.

—Al menos lo intenté.

—Durante cuatro segundos.

—La honradez no exige sacrificios inútiles.

Salieron del spa y caminaron hacia la puerta principal. El camarero que las había rescatado de la planta ejecutiva estaba junto a los ascensores. Al verlas, hizo una inclinación de cabeza.

—¿Se marchan ya?

—Sí.

—Espero que hayan disfrutado del hotel.

Las cuatro se miraron.

—Muchísimo.

—Me alegro.

La prudente se acercó un poco.

—¿Puedo preguntarle algo?

—Por supuesto.

—Ayer, cuando nos encontró arriba, sabía perfectamente que no debíamos estar allí.

El hombre sonrió.

—Sí.

—¿Y por qué no dijo nada?

—Porque parecían saber adónde iban.

Las cuatro quedaron en silencio.

El camarero mantuvo la sonrisa profesional y se alejó.

La organizadora esperó hasta que estuviera fuera de alcance.

—Queda demostrado.

—¿Qué cosa?

—Mi teoría.

—No era tuya. La dijimos entre todas.

—Ahora es patrimonio del club.

Atravesaron las puertas del hotel y salieron a la calle.

Nueva York continuaba exactamente igual que antes de su llegada. Los taxis seguían avanzando, las sirenas sonaban a lo lejos y miles de personas caminaban deprisa hacia lugares que parecían importantísimos. Nada había cambiado allí fuera.

Ellas tampoco habían cambiado demasiado.

Seguían siendo cuatro mujeres capaces de discutir por un jabón, perderse en un hotel y construir una novela entera con media conversación escuchada detrás de una puerta.

Pero se llevaban algo.

Durante años habían aprendido a ser prudentes, responsables y razonables. Habían cumplido horarios, atendido obligaciones, cuidado personas, evitado errores y

adquirido esa respetabilidad que llega casi sin darse cuenta cuando una vida empieza a acumular décadas.

Nada de eso estaba mal.

Lo peligroso era confundir la experiencia con la renuncia.

Creer que crecer consistía en dejar de sorprenderse, que la sensatez obligaba a rechazar cualquier impulso absurdo o que cierta edad convertía la curiosidad en una extravagancia. Quizá la niña interior no desaparecía.

Quizá simplemente aprendía a esperar.

Esperaba mientras una trabajaba, resolvía problemas, cuidaba de otros y hacía lo que correspondía. Esperaba sin protestar hasta que un día cuatro mujeres entraban por error en un ascensor, cruzaban una puerta que no debían cruzar y descubrían que todavía podían meterse en problemas, reírse de sí mismas y regresar a casa un poco menos obedientes de lo que habían llegado.

La prudente miró a sus amigas.

—El próximo viaje lo organizo yo.

—¿Adónde?

—Todavía no lo sé.

—¿Habrá spa?

—No.

—Entonces voto en contra.

—No hemos establecido un sistema de votación.

—Añádelo a los estatutos.

Siguieron caminando.

Ninguna volvió la vista hacia el hotel.

La mujer de los jabones abrió el bolso mientras avanzaba, comprobó discretamente que los tres frascos continuaban dentro y sonrió.

Algunas malas influencias, pensó la prudente, llegan demasiado tarde.

Por suerte.

El viaje de regreso comenzó con una discusión sobre quién guardaría la servilleta de los estatutos.

—Yo no —dijo la prudente—. Bastante responsabilidad he tenido durante este viaje.

—Entonces la guardo yo.

—Tú pierdes todo.

—No pierdo todo. Algunas cosas simplemente dejan de interesarme y desaparecen.

—Eso se llama perderlas.

La organizadora recuperó la servilleta antes de que el debate terminara y la introdujo cuidadosamente en un bolsillo interior de su bolso.

—Queda bajo custodia.

—Hazle una foto.

—Eso sería desconfiar.

—Hazle una foto.

La hizo.

Horas después, mientras esperaban la salida de su vuelo, las cuatro estaban sentadas frente a los ventanales del aeropuerto con una tranquilidad que contrastaba bastante con las últimas cuarenta y ocho horas. Habían llegado con planes de descanso y regresaban con una sociedad secreta, unos estatutos escritos en una servilleta y una historia que ninguna podría contar completa sin admitir primero varias conductas difíciles de justificar.

—Hay una cosa que no entiendo —dijo una.

—Solo una sería un éxito.

—¿Por qué llamarlo Club de las Malas Influencias?

La organizadora respondió sin levantar la vista de su café.

—Porque las buenas influencias llevan toda la vida diciéndonos lo que conviene hacer.

—¿Y?

—Y quizá necesitábamos algunas que nos recordaran lo que todavía queremos hacer.

La prudente sonrió.

—Eso ha sonado demasiado inteligente para haber salido de ti.

—El club está obrando milagros.

—Entonces falta una regla.

—¿Otra?

—Sí. No convertir esto en una obligación.

Las demás la miraron.

—Explícate.

—Si ahora decidimos que todos los años tenemos que vivir una aventura extraordinaria, hacer algo nuevo, superar un miedo y regresar transformadas, acabaremos convirtiendo hasta la diversión en una tarea.

—Eso sería muy nuestro.

—Exactamente. No tenemos que demostrar que seguimos siendo jóvenes, valientes ni interesantes. Podemos pasar un fin de semana entero leyendo, dormir una siesta o no hacer absolutamente nada si eso es lo que queremos.

La mujer de los jabones asintió.

—Esa regla me gusta.

—Porque incluye dormir.

—Y porque estoy cansada.

La organizadora sacó el teléfono y abrió la fotografía de la servilleta.

—Séptima regla: el club no exige hazañas.

—Mejor: el club no exige nada.

Hubo acuerdo inmediato.

Quizá aquella era la verdadera libertad que habían estado buscando sin saberlo. No consistía en desafiar la edad ni en comportarse como si los años no hubieran pasado. Tampoco

en perseguir experiencias para demostrar que todavía podían tenerlas.

Consistía en no deberle una versión de sí mismas a nadie.

Ni siquiera a ellas mismas.

Podían ser prudentes un día y temerarias al siguiente. Podían elegir una cena elegante o comer cualquier cosa sentadas en un banco. Podían entrar en un spa de cinco estrellas y disfrutarlo sin sentirse culpables por el precio, o pasar una tarde entera caminando sin comprar nada. Podían decir que sí porque querían y decir que no sin inventar una excusa.

Habían tardado muchos años en descubrir algo que, de niñas, sabían perfectamente.

Vivir no siempre necesitaba una explicación.

Anunciaron su vuelo.

Las cuatro se levantaron, recogieron sus pertenencias y caminaron hacia la puerta de embarque.

—¿Llevamos todo?

—Sí.

—¿Documentación?

—Sí.

—¿Teléfonos?

—Sí.

—¿Los estatutos?

—Fotografiados y bajo custodia.

La prudente miró a la mujer de los jabones.

—¿Y tú?

—¿Yo qué?

—Enséñame el bolso.

—No tienes autoridad.

—Enséñamelo.

La mujer lo abrazó contra el pecho.

—Hay derechos fundamentales que este club debería respetar.

—¿Cuántos jabones llevas?

—Tres.

—Entraste con tres.

—Entonces queda demostrada mi inocencia.

Siguieron avanzando hacia la puerta de embarque.

La prudente negó con la cabeza mientras sonreía.

El Club de las Malas Influencias no había nacido para devolverles la juventud.

Por fortuna.

Había nacido para recordarles que nunca la habían necesitado para seguir sintiendo curiosidad por la vida.